

nero literario del *De Laude Spaniae* de San Isidoro y su antecedente Virgiliano», pp. 445-54; EMILIO PONS LÓPEZ, «Cerbero: El perro del Hades», pp. 455-66; JOSÉ MARIA POZUELO YVANCOS, «La recepción de Virgilio en la teoría literaria española del siglo XVI», pp. 467-79; ANTONIO ROLDÁN LÓPEZ, «La Egloga III: "Quaestiones" y "Status" retóricas», pp. 481-92; ANTONIO ROLDÁN PÉREZ, «Juan Gualberto González, traductor de Las Églogas», pp. 493-503; ELISA RAMÓN SALES, «Presencia de Virgilio en El Ulises de James Joyce», pp. 505-10; MARCOS RUIZ SÁNCHEZ y MARIANO VALVERDE SÁNCHEZ, «Los "AΔYNATA" en Virgilio», pp. 511-18; JOSÉ ANTONIO TRIGUEROS CANO, «Virgilio y Petrarca», pp. 519-29; A. YELO TEMPLADO, «Los oráculos virgilianos y la literatura apocalíptica», pp. 531-40.

Todos ellos son trabajos que testimonian la vitalidad de los estudios clásicos en España y el entusiasmo puesto por parte de muchos estudiosos españoles en sumarse a las conmemoraciones del bimilenario de la muerte de Virgilio de una forma digna y al mejor nivel.

José Martínez Gázquez

MARISA VISMARA  
*La poesia latina di Miguel  
Antonio Caro. Presentazione di  
Benedetto Riposati. Vita e  
Pensiero*

Pubblicazioni dell'Università  
Cattolica del Sacro Cuore.  
Milán 1980. IX, 228 pp.

Una estudiosa italiana ha dedicado un estudio al colombiano Miguel Antonio Caro como poeta latino. Político que llegó a ocupar la presidencia en su patria, orador, escritor y poeta en nuestra lengua, cultivó asiduamente la poesía en latín, y ya más de una vez su obra ha merecido ser considerada en el marco de la poesía latina moderna. El profesor Riposati, que varias veces ha estudiado en artículos especiales los versos latinos de Caro, ha invitado a la profesora Vismara a que escribiera una monografía en la que se reconociera internacionalmente el puesto a que tiene derecho el eminente colombiano.

Es desde luego un misterio cómo un americano, cuya vida se desarrolla en un país hispánico entonces de agitada historia, alcanza primero la preparación y después la inspiración y la calma para cultivar las musas en una lengua antigua. Caro, como es bien sabido, llegó a estar en ciertos aspectos cerca de Menéndez Pelayo, al que llevaba doce o trece años. Es una mentalidad conservadora, tradicional, que, después de la independencia de América, siente nostalgia de la cultura católica de la antigua España, y lucha contra las novedades que influyeron en la conforma-



descripciones: es su vida misma el tema principal, y sobre ella reflexiona y medita, sin incurrir en lo escolar de los ejercicios literarios.

También la estudiosa italiana nos hace ver el dominio formal con que Caro compone sus versos con quiasmos y aliteraciones, con dominio casi siempre infalible de la métrica y la técnica de la poesía del siglo de Augusto, incluso con admirables correspondencias de sonidos líquidos o silbantes para expresar lo que quiere.

Figura compleja y multiforme, pues su postura de testamentario de una gran tradición que había creado la América española tal como era, no resultaba tan fácil de mantener; su poesía latina, como su poesía en español, nos lo muestra como luchador y como solitario, poesía de afectos y de pasión, nunca vulgar ni agresiva, que sólo decae cuando sus ideas lo llevan al tono didáctico y apologético, pues entonces, y no siempre de modo beneficioso, la política o la religión «incise sensibilmente nel *messaggio poetico di Caro*» —como nos dice Marisa Vismara (p. 169).

El libro contiene también un análisis de las *Latinae interpretationes*, las traducciones poéticas que se inician a los diecisiete años, cuando era escolar de los jesuitas y traduce piadosamente versos de su padre, y se completarán con ensayos tan complejos como el de devolver a Garcilaso, tan virgiliano, a la lengua de su modelo.

Nos enseña este libro a apreciar algo que está en parte lejos de nuestra sensibilidad, y sin embargo

es representativo de un país americano como Colombia, que entonces, y no sin gran influencia de nuestro poeta, estaba adquiriendo su fisonomía como nación, ya separada de la soñada gran Colombia que formaba con Venezuela y Ecuador, luchando entre una concepción unitaria y tradicional y una federalista que mantenían los liberales avanzados. Un patricio de aquella remota capital, todavía rural, con sus calles empinadas y sus tejados extendidos para proteger de la lluvia al viandante, confesaba sus emociones más íntimas en la lengua de Virgilio, y sentaba así uno de los pilares de la cultura europea tradicional en su país.

La autora de este estudio merece los plácemes de cuantos saben apreciar la profunda significación de la cultura clásica en todos los pueblos de cultura latina, aun aquel constituido en la exótica geografía de Colombia, surcada por las nevadas cordilleras de los Andes, que se levantan sobre mares y ríos tropicales.

**Antonio Tovar**